

C
972
S
PO 77
.D3C
U8

pada de los prejuicios que la ataban al obscurantismo, ha ganado en vigor y enriqueciéndose en inspiración”.

La poesía femenina, que el señor Delgado piensa que ha dejado de ser “dulzona, artificial y gazmoña”, para “poseer el sentimiento arrebatador, la acción férvida, propia de un carácter nervioso y que provoca esos gritos de amante, ese anhelo de la que ansía ser madre...” se resume, cifra y concluye en la sensualidad más desenfrenada.

Un poco arriesgada me parece esa tal especie, hija quizás del reconocido dón de observación del recipiendario, dón de que desgraciadamente carezco yo. A mí me encanta estudiar la psicología femenina porque de ella sé poquísimo. Los versos de mujeres, que confieso me seducen aunque no siempre me parecen excelentes, se me figuran memorias e indiscreciones rimadas que debemos acoger como confidencias de las que buscaba Edmundo de Goncourt para escribir no sé qué monografía a propósito de la “feminidad”.

Pero es lo cierto que lo que por ahí se dice y se repite de que no hay nada nuevo bajo el

sol, puede aplicarse a la poesía femenina, en la cual el señor Delgado cree ver caracteres y distintivos casi apocalípticos.

La exaltación amorosa de la Ibarbourou, ¿habrá sobrepasado la de Safo, a la cual los griegos llamaron la “Poetisa”—como a Homero le llamaban el “Poeta”—la “Décima Musa”, el “Milagro”, y hasta la “Hermosa” por más que de buena fuente yo sepa que era morenucha y bajita de cuerpo?

¿Existe descripción más cabal de la enajenación amorosa que la de la poetisa de Lesbos y que me recuerda mis remotos estudios de humanidades? “Siento enajenados los sentidos; quedo destrozada; cuando te miro se me escapa la respiración; pierdo la voz; se me paraliza la lengua, frío sutil me corre por las piernas; me zumban los oídos; pierdo el color de las mejillas; mis ojos se cubren con el velo de la noche”, oda que no sólo alcanzó a que Catulo tradujese sus tres primeras estancias, sino que aspiraron a completarla muchos humanistas como Aquiles Stacio que dice lindamente:

“Sudor it latè gelidus trementi
Artubus totis, violamque vincit

C
972
S

PQ 77
.D30
U8

Insidens pallor, moriens nec auras
Ducere possum".

¿Y cuál poetisa moderna ha emulado la tristeza de Vittoria Colonna, el ardor de Mlle. de Lespinasse o la pasión de aquella "cuidadinha" Marianna Alcoforado, conocida por el nombre de "A Freira Portuguesa", que tan bien supieron decir las ansias de amor, el tormento de los celos y el hastío del arrepentimiento?

Y ese mismo afán de maternidad y esa tristeza del desengaño, en que son maestras nuestra extraordinaria María Enriqueta y Gabriela Mistral, cuán bien expresadas estaban en la antigua "orientación" de la ilustre Marcelina Desbordes Valmore.

"J'ai tout perdu! Mon enfant par la mort,
Et dans quel temps! mon ami par l'absence,
Je n'ose dire, hélas! par l'inconstance;
Ce doute est le seul bien que m'a laissé le sort".

Pero yo me explico el placer que halla el señor Delgado en leer a las poetisas. "El engendro de Prometeo, dice bellamente Josué Carducci, animal plástico y artístico por excelencia, forja sus ídolos, ante ellos se extasia, y los

adora o los vitupera y destruye; pues enajenado por el odio o la admiración de su idea olvidada que la imagen es obra suya porque la ha construido aposta para desahogar sus anhelos".

Si me pusieran a escoger de entre las poetisas de quien el señor Delgado cita versos, me quedaría con Alfonsina Storni y con Delmira Agustini, evidentemente influídas (como todas las demás que cita nuestro nuevo compañero) por el ardor y la fuerza de Ada Negri, Amalia Guglielminetti y las demás italianas que como nuestra gran monja jerónima sienten

"...una grave agonía
por lograr un devaneo
que empieza como deseo
y para en melancolía".

* *

El señor Delgado cree ver una interesante manifestación del espíritu de los tiempos nuevos, en que la poesía femenina sirva para orientar a la masculina. Esa aserción me asombra, pues toda la historia literaria muestra lo contrario. Las damas habían necesitado hasta ahora de los hombres para que les sirvieran co-

26382

C
972
S

PQ 77
.D3C1
U8

mo inspiración, guía y apoyo, y de ellos habían recibido siempre ejemplo indudable y camino seguro.

Las santas mujeres Paula y Eustoquia, tienen como guía a San Jerónimo; Santa Clara, a San Francisco; Santa Teresa, a San Pedro Alcántara; Santa Francisca de Chantal, a San Francisco de Sales. La amistad que unió a esas escogidas almas femeninas y a esos varones de elección, se escapa a la rígida enseñanza de Montaigne de que "el alcance ordinario de la mujer no responde al trato y comunicación que dan origen a tan sagrada liga, ni su alma es tan firme que soporte la presión de nudo tan durable y estrecho"; concepto en que coinciden todas las escuelas antiguas de filosofía.

En literatura se ve a menudo que mujeres de ingenio superior han sufrido el predominio de hombres de talento y fuerza inferiores. George Sand, que como el santo dió mucho escándalo al mundo con su vida, no sólo sintió la influencia de hombres tan eminentes como Musset y Chopin, sino la de un socialistoide sansimoniano llamado Pierre Leroux, sujeto vulgar, albañil de oficio, de ideas estrechas, fanático enemigo del arte y que supo sin

embargo inspirar obras tan extraordinarias como "Spiridión", "Consuelo" y la "Condesa de Rudolstad". Y por fortuna todavía nos vive la ilustre poetisa Laura Méndez, que con más habilidad y mucho mayor inspiración que su consorte Agustín F. Cuenca, sufrió la acción de éste hasta que se emancipó de ella mediante el doloroso trance de la muerte del marido.

Si en adelante las poetisas son más inspiradas, elegantes y discretas que sus colegas masculinos y hasta les señalan nuevas rutas y se convierten en críticas de arte y en pensadoras eminentes como lo vaticina el señor Delgado, yo aplaudiré a dos manos esas innovaciones porque aunque haya quien crea lo contrario, gusto en extremo de ver cosas nuevas y buenas.

Os aseguro que no deja de alarmarme la declaración de Delgado de que los hombres no podemos criticar la poesía femenina y que a lo más es nuestra misión saber si los versos de las damas son cojos o bien medidos. Quizás tampoco puedan las mujeres juzgar a los hombres, y tendremos que echar al fuego las críticas del Dr. Brandes y de Stuart Mill sobre la esposa de este filósofo; los innumerables jui-

C
972
S

PQ 77
.D34
U8

cios en que don Juan Valera estudia obras de mujeres; las opiniones de Rubén Darío acerca de poetisas todavía vivas; los juicios de Saint Beuve sobre muchísimas escritoras de su país y extranjeras; el de Alberto Sorel tocante a Mme. de Sevigné; el delicioso estudio en que Nervo analiza a Sor Juana y hasta los nobles conceptos en que Fr. Luis de León alaba a la Madre Teresa de Jesús. Y a la vez perderemos las opiniones decisivas de Mme. Stael sobre el romanticismo alemán, las de la condesa de Pardo Bazán sobre muchísimos hombres de su tiempo, y tendremos que transformar de todo en todo la crítica y la historia literarias. Las mujeres deberán juzgar a las otras mujeres, y los hombres tendremos que entendernos con los barbudos.

Però nos tranquiliza y consuela acerca de las intenciones del señor Delgado sobre que sea necesario un nuevo Omar que acabe con toda la crítica actual, la circunstancia de que nuestro colega estudia, analiza y juzga, es decir, critica, a las poetisas que le han cautivado por su talento o por su buen palmito, pues nos da muestra de haber leído las obras de esas damas, y bien puede haberlas tratado y co-

nocido en sus largos viajes por nuestra América.

No seré yo quien moteje de licurgas y marisabidillas a las futuras directoras del pensamiento humano, y desde ahora aplaudiría sus obras sublimes si ya hubieran salido a luz o hubiera disfrutado el raro privilegio de leerlas inéditas.

Però como mi edad no es la primera juventud, mucho me temo no poder pronunciar siquiera el "jam dimittis" del anciano Simeón, y quizás me toque sólo seguir mirando que como el Dante, los cantores futuros sigan las huellas de las Beatrices a quienes inspira.

L'amor chi muove il sol e l'altre stelle.

Aquí concluyo, señores, deplorando que en vez de una contestación adecuada al galano discurso del señor Delgado, que a tantas consideraciones se prestaba, dé sólo la que acabáis de oír, "seca como un esparto, ajena de invención y menguada de estilo". Acepté esta labor queriendo dar una prueba de mi deseo de cumplir con mis deberes académicos, y como una muestra de afectuosa consideración para mi ami-

C
972
S

1072
.D301
U8

go. No tengo el vagar suficiente porque me encuentro en el dilema que tan acertadamente planteó hace sesenta años don Manuel Orozco y Berra: si tengo tiempo, no tengo pan; si tengo pan, me falta tiempo. Ahora es el tiempo lo que me falta, reagravada esa falta con serios cuidados de familia que muchos de vosotros conocéis. Momentos angustiosos he podido consagrar a esta tarea, que habría requerido largas semanas, y naturalmente ni la cortedad de mis alcances ni las penas que me agobian me permitieron escribir nada digno de vosotros y del recipiendario, a quien doy la más cordial enhorabuena, deseando que no sólo nos presente trabajos de alta crítica, sino que también nos ayude, como bien puede hacerlo, en las prosaicas tareas de la formación de nuestro diccionario de mejicanismos y en el esclarecimiento de los modos de hablar vernáculos e indígenas.

—

810 121

26382